

Llave de contacto

IRENE ZOE ALAMEDA ■ Escritora, autora de 'Sueños itinerantes'

Freno de mano

—¿Qué ha pasado?
—¿No te acuerdas?
—No...
—Te has desmayado delante del volante.
—Me habré quedado dormido...
—Lo que tú digas.
—¿Le ha pasado algo al taxi?
—No, que yo sepa.
—¿Y cómo nos hemos parado?
—Pues porque, al ver que te has salido de la carretera, he echado yo el freno de mano.
—¡Y te has quedado ahí, sentada, ¿mirándome?! ¿Por qué no me has despertado?
—¿Y qué te crees que he hecho? "Miguel, despierta. Despierta, Miguel". Y tú, ni caso. Pero ya he llamado a la niña, para que nos lleve ella.
—¿Adónde nos lleva?
—Al hospital, ¿adónde va a ser?
—Yo no voy a ningún hospital.
—Miguel, por favor, no seas cabezón, si ya te había convencido.
—Pues yo no me acuerdo.
—Ay, qué infierno, Dios mío. Llevas dos semanas malo, ya lo ves, que hasta pierdes el sentido sin notarlo.
—Me habré quedado dormido.
—¡Qué va, qué te vas a haber quedado dormido! Si llevabas media hora boqueando, si te has quedado sin aire y me pensaba que te habías quedado tieso...
—¡Bah, bobadas! Arranco y nos vamos... Pero ¿dónde está la llave de contacto?
—La tengo yo.
—Dámela.
—Ni lo pienses.
—Dame la llave o te cruzo la cara.
—Eso ni lo mientes.
—¡Dame la llave de mi taxi!
—¡Que no, te digo! ¡Que por poco nos matamos de lo malo que estás y no te das ni cuenta!
—Eres asquerosa. No te aguanto.
—¿Por qué echas el cierre?
—De aquí no sales hasta que no me des la llave de mi taxi.
—¡También es mío! La entrada la pagamos con la herencia de mi padre.
—Sí, pero tú no sabes conducir.
—¿Qué haces? ¡No te pongas a fumar!
—Te aguantas.
—Miguel, por favor, que vas a ahogarme. Si por eso estás tan malo... de tanto fumar. ¡Miguel! ¡Apágalo, hombre! ¡No me echas el humo! ¿Por qué me haces esto?
—Del coche no sales.
—Toma la llave... ¡Cabezón! ¡Tómala, y fúmatela si quieres! ¡Pero abre la puerta!
—Ya la tienes abierta.
—¡Ay! ¡Por Dios! Un poco de aire... A ver si llega la niña...
—¿Para qué quieres que venga la niña?
—Para que conduzca ella hasta el hospital.
—Ésa no sabe conducir.
—Claro que sabe conducir.
—Las mujeres no tenéis ni idea.
—Si por ti hubiera sido... Ni a tu hija has sido capaz de enseñarle a conducir, siendo taxista como eres... Pero a la primera que se sacó el carné; no como tú, que tus buenos intentos te costó.
—¡A mí no me compares! A mí mis padres no me dieron una educación. ¿Y cómo va a venir hasta aquí la niña, si puede saberse?
—¡Pues en un taxi! ¿Hay autobuses alrededor? ¿Hay metro? Pues ¿cómo va a venir?
—¿Le has dicho a mi hija que coja un taxi?
—¡Y cómo quieres que venga tu hija hasta este descampado! ¿Qué quieres que hagamos contigo, que te vas saliendo de los carriles y no te tienes en pie...? ¡Ay, qué infierno!

—¡De tanto trabajar para sacaros adelante! ¿Qué esperas? Si desde que me casé contigo me llevo dejando la vida pegado al... Ahí llega: la muy estúpida viene en taxi.

Cable de conexión

—Me da una pena dejarlo solo en el hospital...
—Ya te ha dicho el médico que le quedan días de vida. Si te lo llevas a casa, en cualquier momento lo ves que se ahoga, y ahí mismo se te queda. ¡Menuda angustia, mamá!
—Muy mal se debía sentir cuando ha transigido con montarse en el taxi en el que ha venido tú a recogerlos.
—Porque ha dado la casualidad de que conocía al taxista ese, que si no... Pero mira que preferir que se quedase su coche en medio de un descampado antes de que lo condujese yo...
—Menudo genio tiene tu padre.
—Pero el taxi no lo podemos dejar ahí. Tienes que buscar la otra llave.

casas? ¿Es que la gente ya no coge taxis en esta ciudad?

—Papá lleva malo mucho tiempo, no ha podido trabajar en condiciones. Si hasta el médico se ha extrañado de que hubiese aguantado tantos meses sin quejarse.
—Mira que se lo digo todos los días: "Miguel, que vayas al médico, que con la tos que tienes no puedes ni respirar". Y él, dale, fumando y fumando...
—Le tenías que haber obligado. Pero como tú nunca le plantas cara...
—¿Y por qué no le has obligado tú, bonita? Tan lista y tan mandona como eres para algunas cosas, ¿por qué no te has ocupado un poquito de tu padre?
—Ya sabes que es imposible hablar con papá.
—Pues eso te digo.
—¿Y por qué no te has divorciado de él? ¿Cómo has podido vivir con un hombre con el que no puedes hablar?
—A lo mejor no podía hablar con él porque siempre estabas tú en medio, llamando la atención, y dejándome a mí de lado.



—Sí, pero ya verás cuando se entere de que le he hurgado en sus cosas. Me mata.
—Es que, ¡mamá!, no tiene por qué enterarse.
—¿Cómo no se va a enterar? ¿Y cuando vuelva a casa, y vaya por su taxi para ir a trabajar?
—Si es que nunca va a volver a trabajar... Ni a casa tampoco.
—¡Precisamente por eso! Podía haberse venido esta noche conmigo. Como en casa, tu padre no está en ningún sitio. Además, ahí dentro no le van a dejar fumar.
—¡Pues que se aguante! ¡No va a ser siempre todo como él quiera!
—Es tu padre, a un padre hay que respetarlo. ¿O me vas a perder el respeto a mí también cuando me ponga mala?
—Mamá, tú no te vas a poner mala. Si es que él no se ha cuidado nada.
—¡Para alimentarte! ¡Para darte todos los caprichos, que todo te lo ha comprado! ¡Seguro que todavía te da dinero a mis espaldas!
—¡Eso no es verdad, mamá! ¡Te lo estás inventando!
—¿Y cómo es que trae tan poco dinero a

—¡Mamá! ¡Pero eso era cuando yo era pequeña! ¡Papá pasa de mí desde hace muchos años! ¡Ya lo ves, si ni siquiera ha sido capaz de darme la llave del taxi para que le trajera al hospital!
—¡Es verdad! A estas horas, ¿cómo nos vamos a casa?

Llave de contacto

—Bueno... Pues ya se acabó.
—Se acabó.
—Ya no sufre...
—Ya no sufre, no.
—Hija, yo creo que andando no podemos ir al descampado. Está muy lejos.
—¡Qué va! Si no tenemos nada mejor que hacer...
—Nos podíamos haber quedado con la gente, haber invitado a algo... Mira que irnos del cementerio así de bruscamente...
—¿A ti te apetecía quedarte y hablar de papá?
—No sé, hija... No sé qué pensar.
—Bastante mal cuerpo tenemos como para quedarnos y seguir hablando de lo mal que lo ha pasado.

—...
—Mamá...
—... es que no me hago a la idea de que ya no está.
—¿Te quieres venir a dormir a casa conmigo?
—Como tú prefieras, hija. Yo no sé qué hacer...
—Cuando recojamos el taxi, te acerco a que subas por un poco de ropa, y te vienes conmigo. Yo creo que es mejor.
—Pues sí que tenías razón; ahí se ve el taxi.
—Ya te lo había dicho. Lo que pasa es que no estás acostumbrada a andar.
—Es que cuando salía a la calle me llevaba siempre tu padre.
—No se bajaba del taxi. Era como su casa.
—¿Y qué vamos a hacer ahora con el taxi?
—Pues... no sé, mamá... Pintarlo y quedárnoslo.
—¿Te lo quedas tú entonces? Con el seguro de vida se ha quedado pagado; o sea, que...
—¿Llevas la llave?
—Sí, hija, lo que me ha costado arrancársela de la mano. Que por lo visto ya le había entrado el *rigor mortis*.
—Ni en coma la soltaba. ¿Y en casa no encontraste la segunda llave?
—¡Por más que la he buscado, nada!
—La debía de tener escondida en algún sitio. Seguro que ni él mismo se acordaba de dónde la había puesto.
—La escondió por miedo a que tú le cogieras el taxi. Ya sabes lo desconfiado que era...
—Cuando nos pongamos a limpiar y a tirar sus cosas, seguro que aparece. ¿Has visto como no estaba tan lejos, mamá? No hemos tardado nada.
—Si es que, hecha como estoy a ir a todos los sitios en el taxi, no me hago a las distancias.
—Pues menos mal que no le ha pasado nada al coche. Yo creía que después de tantos días se lo habrían llevado, o lo habrían quemado, o...
—¿Y cuánto puede costar pintarlo?
—Da lo mismo. ¿De qué color lo pintamos?
—Pues... de blanco mismo está bien. Con que le quiten las rayas y los números...
—No, mejor un color más alegre... ¡De rojo!
—¡Huy, de rojo! Bueno, hija, si total... como va a ser para ti.
—Va a ser para las dos.
—¡Pero si yo no sé conducir!
—¡Eso es lo que tienes que hacer! ¡Aprender a conducir!
—¿Yo? ¿A mi edad?
—¡Pues claro, mamá!
—Pero si debe ser muy difícil... A tu padre bien que le costó.
—Porque papá era muy bruto. Además, aunque te cueste un poco más de tiempo, ya verás qué gusto poder ir sola a cualquier parte.
—Deben costar mucho dinero las clases...
—Primero te enseño yo. Y cuando sepas un poco, te matriculas.
—Toma la llave, hija.
—No, no, ábrelo tú: es tu coche.
—¡Buf! ¡Cómo huele a tabaco!
—Sí, vamos a tener que lavarlo bien por dentro... ¡Venga, súbete al asiento del conductor!
—¿Ahora? ¿Ya? ¡A ver si me voy a dar un golpe!
—¡Pero si estamos en un descampado! ¡No te puedes chocar con nada! ¿Tienes algo mejor que hacer?
—¡Oy! ¡Ay, hija! ¡Pero si a mí no se me dan bien estas cosas...! ¡Ji, ji!
—Venga, sube, mamá. Yo te enseño.

“Ni a tu hija has sido capaz de enseñarle a conducir, siendo taxista como eres... Pero a la primera que se sacó el carné; no como tú, que tus buenos intentos te costó”